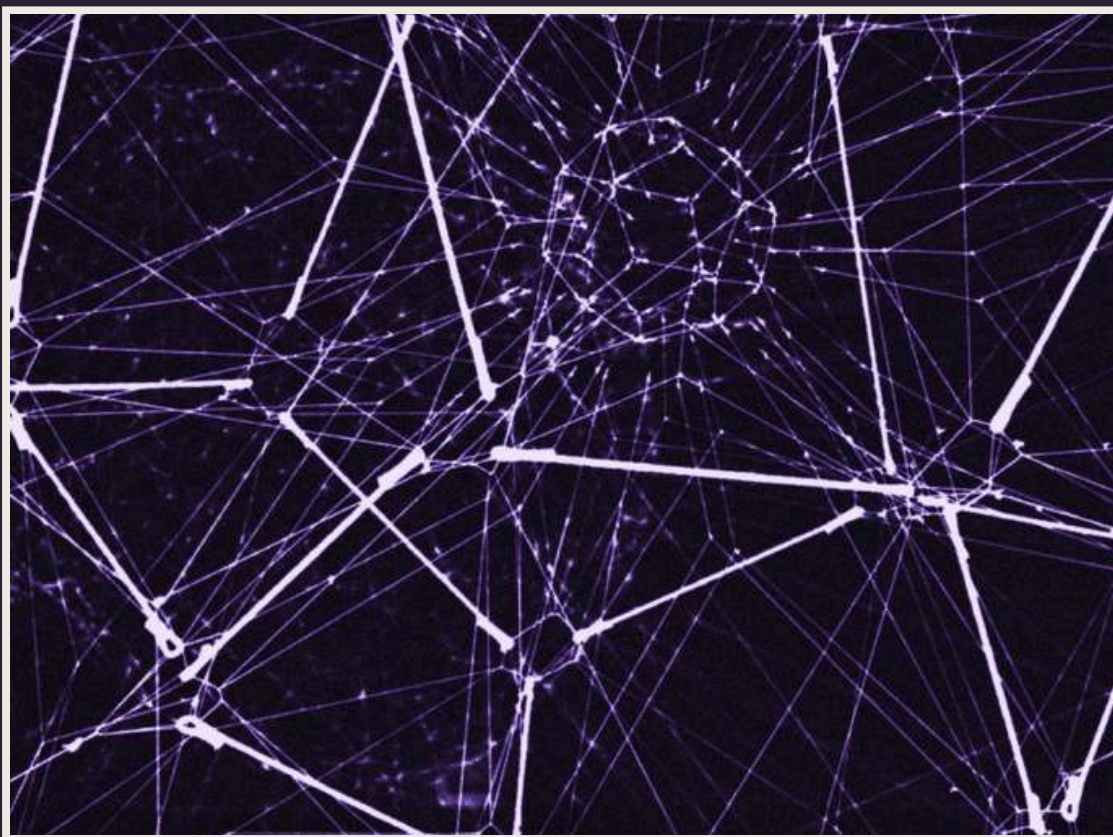


¿POR QUÉ LA CRÍTICA SE HA QUEDADO SIN FUERZA?

De las cuestiones de hecho a las cuestiones de interés

BRUNO LATOUR



■ ARQUEOLOGÍAS DEL PORVENIR · TR. 06

¿POR QUÉ LA CRÍTICA SE HA QUEDADO SIN FUERZA?

De las cuestiones de hecho a las cuestiones de interés

BRUNO LATOUR

Traducción al cuidado de Sofía Benencio

COLECCIÓN DE TRADUCCIONES · ARQUEOLOGIASDELPORVENIR.COM.AR

De aquí en adelante se traduce “matters of fact” como “cuestiones de hecho”, “matters of concern” como “cuestiones de interés”.

TEXTO ORIGINAL

Latour, Bruno. «**Why Has Critique Run out of Steam? From Matters of Fact to Matters of Concern**». *Critical inquiry* 30.2 (2004): 225-248.

Para Graham Harman.

Este texto fue escrito para la conferencia presidencial de Stanford realizada en el centro de humanidades el 7 de abril del 2003.

Agradezco sinceramente a los estudiantes doctorales de historia de la ciencia de Harvard por tantas ideas intercambiadas sobre esos temas durante este semestre.

Guerras. Tantas guerras. Guerras afuera y guerras dentro. Guerras culturales, guerras científicas y guerras contra el terrorismo. Guerras contra la pobreza y guerras contra los pobres. Guerras contra la ignorancia y guerras por ignorancia. Mi pregunta es simple: ¿Deberíamos estar en guerra también nosotros, los académicos, los intelectuales? ¿Es realmente nuestro deber agregar ruinas frescas a campos de ruinas? ¿Es realmente la tarea de las humanidades agregar deconstrucción a la destrucción? ¿Más iconoclastismo al iconoclastismo? ¿Qué ha sido del espíritu crítico? ¿Se ha quedado sin fuerza?

Bastante simple, mi preocupación es que no esté apuntando al objetivo correcto. Para permanecer en la atmósfera metafórica de la época, los expertos militares revisan constantemente sus doctrinas estratégicas, sus planes de contingencia, el tamaño, dirección y tecnología de sus proyectiles, de sus bombas inteligentes, de sus misiles; me pregunto por qué nosotros, sólo nosotros, estaríamos a salvo de esos tipos de revisiones. No me parece que hayamos sido tan ágiles, en la academia, en prepararnos para nuevas amenazas, nuevos peligros, nuevas tareas, nuevos objetivos. ¿No somos como esos juguetes mecánicos que realizan el mismo gesto sin parar cuando todo lo demás ha cambiado a su alrededor? ¿No sería bastante terrible si todavía estuviéramos entrenando a jóvenes —sí, jóvenes reclutas, jóvenes cadetes— para guerras que ya no son posibles, peleando enemigos que se fueron hace mucho tiempo, conquistando territorios que ya no existen, dejándolos mal equipados frente a amenazas que no habíamos anticipado, para las que estamos tan poco preparados? Los generales siempre han sido acusados de estar listos una guerra tarde -especialmente los generales franceses, especialmente estos días. ¿Sería tan sorprendente, después de todo, si los intelectuales también estuviéramos listos una guerra tarde, una crítica tarde -especialmente los críticos franceses, especialmente ahora? Después de todo, hace mucho tiempo que los intelectuales no están a la vanguardia. De hecho, ha pasado mucho tiempo desde que la misma noción de la vanguardia -la proletaria, la artística- pasó a mejor vida, fue apartada por otras fuerzas, desplazada a la retaguardia, o quizás agrupada con el tren de carga¹. Todavía podemos pasar por los gestos de una vanguardia crítica, ¿pero no se ha ido su espíritu?

En estos tiempos tan deprimentes, estos son algunos de los problemas que quiero tocar, no para deprimir al lector, sino para continuar, para redireccionar nuestras escasas capacidades lo más rápido posible. Para demostrar mi punto de vista, tengo, no exactamente hechos, sino más bien pequeñas señales, dudas persistentes, indicios inquietantes. ¿Qué ha sido de la crítica, me pregunto, cuando un editorial del *New York Times* contiene la siguiente cita?

La mayoría de los científicos creen que el calentamiento [global] es causado en gran medida por contaminantes de origen humano que requieren regulación estricta. El Sr. Luntz [un estratega republicano] parece reconocerlo cuando dice que "el debate científico se está cerrando en nuestra contra". Su consejo, sin embargo, es enfatizar que la evidencia no es completa. "Si el público llega a creer que los problemas científicos están resueltos" escribe, "sus perspectivas sobre el calentamiento global cambiarán en consecuencia. Por lo tanto, hay que seguir haciendo de la *falta de certeza científica* un problema primordial".²

¿Lo imaginan? Una controversia científica mantenida artificialmente para favorecer un "brownlash", como dirían Paul y Anne Ehrlich³.

¿Ven por qué estoy preocupado? Yo mismo he pasado algún tiempo en el pasado tratando de mostrar "'la falta de certeza científica'" inherente en la construcción de los hechos. Yo también lo hice un "'problema primordial'". Pero no apuntaba exactamente a engañar al público ocultando la certeza de una discusión cerrada -¿o sí? Después de todo, he sido acusado precisamente de ese pecado. Aun así, me gustaría creer que, por el contrario, intenté *emancipar* al público de hechos objetivados prematuramente naturalizados. ¿Estaba tontamente equivocado? ¿Las cosas han cambiado tan rápido?

En tal caso, el peligro ya no vendría de una confianza excesiva en los argumentos ideológicos que adoptan la pose de cuestiones de hecho -como hemos aprendido a combatir tan eficazmente en el pasado-, sino de una excesiva *desconfianza* en las cuestiones de hecho buenas disfrazadas de sesgos ideológicos malos. Mientras pasamos años intentando detectar los verdaderos prejuicios escondidos tras la apariencia de afirmaciones objetivas, ¿ahora tenemos

que revelar los verdaderos hechos objetivos e incontrovertibles escondidos tras la *ilusión* de los prejuicios? Y, sin embargo, siguen funcionando programas de doctorado enteros para asegurar que los buenos chicos estadounidenses aprendan por las malas que los hechos son inventados, que no existe el acceso natural, no mediado, imparcial a la verdad, que siempre somos prisioneros del lenguaje, que siempre hablamos desde un punto de vista particular, etc., mientras que extremistas peligrosos están utilizando el mismo argumento de la construcción social para destruir evidencia conseguida con esfuerzo que podría salvar nuestras vidas. ¿Me equivoqué al participar en la invención de este campo conocido como estudios de la ciencia? ¿Basta con decir que no queríamos decir realmente lo que decíamos? ¿Por qué me quema la lengua decir que el calentamiento global es un hecho, les guste o no? ¿Por qué no puedo decir simplemente que la discusión está cerrada para siempre?

¿Debería tranquilizarme diciendo simplemente que los malos pueden utilizar cualquier arma a su alcance, los hechos naturalizados cuando les conviene y la construcción social cuando les conviene? ¿Deberíamos disculparnos por haber estado equivocados todo el tiempo? ¿O más bien deberíamos llevar la espada de la crítica a la crítica en sí misma y hacer un poco de introspección aquí: qué buscábamos realmente cuando estábamos tan decididos a mostrar la construcción social de los hechos científicos? Al fin y al cabo, nada garantiza que tengamos razón todo el tiempo. No hay un terreno seguro ni siquiera para la crítica⁴. ¿No es esto lo que la crítica pretendía decir: que no hay un terreno seguro en ninguna parte? Pero, ¿qué significa cuando esta falta de terreno seguro nos es arrebatada por los peores compañeros posibles como un argumento en contra de las cosas que apreciamos?

Las controversias mantenidas artificialmente no son el único indicio preocupante. ¿En qué se ha convertido la crítica cuando un general francés, no, un mariscal de la crítica, a saber, Jean Baudrillard, afirma en un libro publicado que las Torres Gemelas se destruyeron por su propio peso, por así decirlo, socavadas por el nihilismo absoluto inherente al propio capitalismo -como si los aviones terroristas fueran arrojados al suicidio por la poderosa atracción de este agujero negro de la nada?⁵ ¿En qué se ha convertido la crítica cuando un libro que afirma que ningún avión se estrelló contra el Pentágono puede ser un éxito en ventas? Me avergüenza decir que el autor también era francés⁶. ¿Recuerdan los viejos buenos tiempos en los que el revisionismo llegaba muy tarde, después de que los hechos se hubieran establecido completamente, décadas después de que se hubieran acumulado los cuerpos de evidencia? Ahora tenemos la ventaja de lo que puede llamarse *revisionismo instantáneo*. El humo del evento aún no ha terminado de asentarse antes de que docenas de teorías conspirativas comiencen a revisar la explicación oficial, añadiendo aún más ruinas a las ruinas, añadiendo aún más humo al humo. ¿Qué ha sido de la crítica cuando mi vecino del pequeño pueblo de Bourbonnais donde vivo me menosprecia como alguien irremediamente ingenuo porque creo que Estados Unidos había sido atacado por terroristas? ¿Recuerdan los viejos buenos tiempos en los que los profesores universitarios podían despreciar a la gente poco sofisticada porque esos rústicos creían ingenuamente en la iglesia, la maternidad y la tarta de manzana? Las cosas han cambiado mucho, al menos en mi pueblo. Ahora soy yo el que cree ingenuamente en algunos hechos porque estoy educado, mientras que los otros tipos son demasiado *poco* sofisticados para ser crédulos: "¿Dónde has estado? ¿No sabes que la Mossad y la CIA lo hicieron?". ¿Qué ha sido de la crítica cuando alguien tan eminente como Stanley Fish, el "enemigo de las promesas" como lo llama Lindsay Waters, cree defender los estudios de la ciencia, mi campo, comparando las leyes de la física con las reglas del béisbol?⁷ ¿Qué ha sido de la crítica cuando hay toda una industria negando que el programa Apolo aterrizó en la luna? ¿Qué ha sido de la crítica cuando DARPA utiliza para su proyecto llamado Total Information Awareness el eslogan baconiano *Scientia est potentia*? ¿No leí eso en algún lugar en Michel Foucault? ¿El saber/poder ha sido cooptado últimamente por la Agencia de Seguridad Nacional? ¿*Vigilar y castigar* se ha convertido en la lectura de noche del Sr. Ridge (fig. 1)?



Figura 1

Permítanme ser malo por un segundo. ¿Cuál es la verdadera diferencia entre los conspiracionistas y una versión popularizada, es decir, enseñable, de la crítica social inspirada en una lectura demasiado rápida de, digamos, un sociólogo tan eminente como Pierre Bourdieu (para ser respetuoso me quedaré con los comandantes de campo franceses)? En ambos casos, hay que aprender a volverse supersticioso de todo lo que las personas dicen porque, por supuesto, todos sabemos que viven en las esclavitudes de una *illusio* total de sus motivos reales. Luego, después de que la incredulidad haya impactado y se requiera una explicación de lo que realmente está sucediendo, en ambos casos vuelve a ser la misma apelación a poderosos agentes ocultos en la oscuridad que actúan siempre consistente, continua, implacablemente. Por supuesto, en la academia nos gusta utilizar causas más elevadas -sociedad, discurso, saber/poder, campos de fuerzas, imperios, capitalismo- mientras que a los conspiracionistas les gusta representar un miserable grupo de personas codiciosas con intenciones oscuras, pero encuentro algo problemáticamente similar en la estructura de la explicación, en el primer movimiento de incredulidad y, luego, en la rueda de explicaciones causales que salen de la profunda oscuridad de abajo. ¿Qué pasa si las explicaciones que recurren automáticamente al poder, a la sociedad, al discurso, hubieran sobrevivido a su utilidad y se hubieran deteriorado hasta el punto de alimentar ahora el tipo de crítica más crédula? ⁸ Quizás estoy tomando a las teorías conspirativas demasiado en serio, pero me preocupa detectar muchas de las armas de la crítica social en esas mezclas locas de incredulidad instintiva, demandas puntillosas de pruebas y uso libre de explicaciones poderosas del país del nunca jamás. Por supuesto que las teorías conspirativas son una deformación absurda de nuestros propios argumentos, no obstante, como las armas contrabandeadas a través de una frontera difusa a la parte equivocada, estas son nuestras armas. A pesar de todas las deformaciones, es fácil reconocer, todavía quemada en el acero, nuestra marca registrada: *Hecho en Criticalandia*.

¿Ven por qué estoy preocupado? Las amenazas han cambiado tanto que quizás estemos apuntando todo nuestro arsenal al este o al oeste, mientras el enemigo ahora se ha desplazado a un lugar muy diferente. Después de todo, masas de misiles atómicos se transforman en una enorme pila de basura una vez que la pregunta se convierte en cómo defenderse contra militantes armados con cúters o bombas sucias. ¿Por qué no sería lo mismo con nuestro arsenal crítico, con las bombas de neutrones de la deconstrucción, con los misiles del análisis del discurso? O quizás es que la crítica ha sido miniaturizada como las computadoras. Siempre he imaginado que lo que tomó un gran esfuerzo, ocupó enormes habitaciones, costó mucho sudor y dinero, para personas como Nietzsche y Benjamin, puede tenerse por nada, como las supercomputadoras de los años 50, que solían llenar grandes salas y gastar una vasta cantidad de electricidad y

calor, pero que ahora son accesibles por unas monedas y no son más grandes que una uña. Como el anuncio reciente de una película de Hollywood proclamaba: "Todo es sospechoso... Todo está a la venta... Y nada es lo que parece".

Se preguntarán qué me está pasando. ¿Es esto un caso de crisis de la mediana edad? No, desgraciadamente, pasé la mediana edad hace bastante tiempo. ¿Es esto un rencor patricio por la popularización de la crítica? ¿Como si la crítica debiera ser reservada por la élite y permanecer difícil y extenuante, como el alpinismo o la navegación a vela, y ya no valiera la pena si todo el mundo puede hacerlo por unos centavos? ¿Qué tendría de malo la crítica para el pueblo? Nos hemos quejado tanto de las masas crédulas, que se tragan los hechos naturalizados, que sería realmente injusto desacreditar ahora a las mismas masas por su, cómo debería llamarlo, ¿crítica crédula? ¿O podría ser un caso de radicalismo enloquecido, como cuando una revolución se traga a su descendencia? ¿O, en cambio, nos hemos comportado como científicos locos que han dejado al virus de la crítica fuera de los confines de sus laboratorios y ahora no pueden hacer nada por limitar sus efectos nocivos; ahora muta, carcomiendo todo, incluso los recipientes en los que está contenido? ¿O es otro caso del famoso poder del capitalismo para reciclar todo lo que tiene como objetivo su destrucción? Como dicen Luc Boltanski y Eve Chiapello, el espíritu nuevo del capitalismo ha dado un buen uso de la crítica artística que se suponía que lo destruiría⁹. Si el burgués denso y moralista, reaccionario, fumador de puros, puede transformarse en un bohemio agnóstico de flotación libre, moviendo opiniones, capital y redes de una punta del planeta a la otra sin apego, ¿por qué no podría absorber las herramientas más sofisticadas de la deconstrucción, la construcción social, el análisis del discurso, el postmodernismo, la postología?

A pesar de mi tono, no estoy tratando de revertir el curso, de volverme reaccionario, de arrepentirme de lo que he hecho, de jurar que nunca más seré un constructivista. Simplemente quiero hacer lo que cualquier buen oficial militar haría en períodos regulares: reevaluar los vínculos entre las nuevas amenazas que tiene que afrontar, y el equipamiento y entrenamiento que debería tener para encontrarse con ella -y, si es necesario, revisar desde cero toda la parafernalia. Esto no significa para nosotros más que para el oficial que estábamos equivocados, sino simplemente que la historia cambia rápidamente y que no hay mayor crimen intelectual que abordar con el equipamiento de una época pasada los retos de la actual. En cualquier caso, nuestro equipamiento crítico merece tanto escrutinio crítico como el presupuesto del Pentágono.

Mi argumento es que una cierta forma de espíritu crítico nos ha enviado por el camino equivocado, alentándonos a pelear a los enemigos equivocados y, lo peor de todo, a ser considerados como amigos por el tipo de aliados equivocado, debido a un pequeño error en la definición de su objetivo principal. La cuestión nunca fue *alejarse* de los hechos, sino *acercarnos* a ellos, no luchar contra el empirismo, sino, al contrario, renovar el empirismo.

Lo que voy a argumentar es que la mente crítica, si ha de renovarse a sí misma y ser relevante nuevamente, ha de encontrarse en el cultivo de una *actitud obstinadamente realista* -para hablar como William James- pero un realismo que se ocupe de lo que llamaré *cuestiones de interés*, no *cuestiones de hecho*. El error que cometimos, el error que cometí, fue creer que no había manera eficiente de criticar las cuestiones de hecho excepto apartándose de ellas y dirigiendo la atención *hacia* las condiciones que las hacían posibles. Pero esto significó aceptar demasiado acriticamente lo que eran las cuestiones de hecho. Esto era permanecer demasiado fiel a la desafortunada solución heredada de la filosofía de Immanuel Kant. La crítica no ha sido lo suficientemente crítica a pesar de sus rasguños. La realidad no está definida por cuestiones de hecho. Las cuestiones de hecho sólo son representaciones muy parciales y, afirmaré, muy polémicas, muy políticas, de las cuestiones de interés y sólo un subconjunto de lo que también podría ser llamado *estados de cosas* [*states of affairs*]. Es este segundo empirismo, este regreso a la actitud realista, lo que me gustaría ofrecer como la siguiente tarea para los que tengan interés en la crítica.

Para indicar la dirección del argumento, quiero mostrar que mientras la Ilustración se benefició en gran medida de la disposición de un herramienta descriptiva muy poderosa, la de las cuestiones de hecho, que eran excelentes para *desacreditar* bastantes creencias, poderes e ilusiones, se encontró totalmente desarmada una vez que las cuestiones de hecho, a su vez, fueron devoradas por el mismo ímpetu desacreditador. Luego de eso, las luces del Iluminismo fueron apagadas lentamente, y una especie de oscuridad parece haber caído sobre los campus. Por consiguiente, mi pregunta es: ¿Podemos idear otra herramienta descriptiva poderosa que esta vez se ocupe de las cuestiones de interés y cuya importancia ya no sea la de desacreditar, sino la de proteger y cuidar, como lo diría Donna Haraway? ¿Es realmente

posible transformar la urgencia crítica en el ethos de alguien que *añade* realidad a las cuestiones de hecho y que no *sustra*e la realidad? Para decirlo de otra manera, ¿cuál es la diferencia entre la deconstrucción y el constructivismo?

“Hasta ahora”, podrían objetar, “el panorama no se ve muy bien, y usted, Monsieur Latour, parece la persona menos capacitada para cumplir con esta promesa porque pasó su vida desacreditando lo que los otros críticos más educados habían respetado al menos hasta entonces, es decir, las cuestiones de hecho y la ciencia misma. Puede espolvorear sus manos con harina tanto como desee, el pelaje negro del lobo crítico siempre lo delatará; sus dientes deconstructivos han sido afilados en demasiados de nuestros laboratorios [labs] inocentes -¡quiero decir corderos [lams]!- para que le creamos”. Bueno, verán, ese es justamente el problema: he escrito alrededor de una docena de libros para inspirar respeto por, algunas personas han dicho para glorificar acríticamente, los objetos de la ciencia y la tecnología, del arte, de la religión y, más recientemente, del derecho, mostrando cada vez en gran detalle la completa inverosimilitud de su explicación social, y sin embargo, el único ruido que los lectores escuchan es el chasquido de los dientes del lobo. ¿Es realmente imposible resolver el asunto, escribir no en la manera de las cuestiones de hecho, sino, cómo decirlo, en la de las cuestiones de interés?¹⁰

Martin Heidegger, como todo filósofo sabe, ha meditado muchas veces sobre la etimología antigua de la palabra *cosa* [thing]. Todos ahora estamos al tanto de que en todos los idiomas europeos, incluyendo el ruso, existe una conexión fuerte entre las palabras para cosa y para una asamblea cuasi judicial. Los islandeses presumen tener el Parlamento más antiguo, al que llaman *Althing*, y aún se puede visitar en muchos países escandinavos lugares de reunión que son designados por la palabra *Ding* o *Ting*. Ahora, ¿no es extraordinario que el término banal que usamos para designar lo que está allí afuera, incuestionablemente, una cosa, lo que está fuera de cualquier disputa, fuera del lenguaje, es también la palabra más antigua que todos hemos usado para designar el más antiguo de los sitios en los que nuestros ancestros hacían sus tratos y trataban de resolver sus disputas?¹¹ Una cosa [thing] es, en un sentido, un objeto allí afuera y, en otro sentido, un *problema* muy *adentro*, en todo caso, una *reunión*. Para usar el término que introduje anteriormente, ahora más precisamente, la misma palabra *thing* designa cuestiones de hecho y cuestiones de interés.

No hace falta decir que, aunque él desarrolla esta etimología con detalle, este no es el camino que Heidegger ha tomado. Por el contrario, toda su escritura apunta a hacer una distinción lo más afilada posible entre, por un lado, los objetos, *Gegenstand*, y por el otro, la célebre *Thing*. La jarra artesanal puede ser una cosa, mientras que la lata de Coca Cola hecha industrialmente sigue siendo un objeto. Mientras que la última es abandonada al dominio vacío de la ciencia y la tecnología, sólo la primera, acunada en el respetuoso idioma del arte, la artesanía y la poesía, podría desplegar y reunir su rico conjunto de conexiones¹². Esta bifurcación es marcada muchas veces de forma decidida en su libro sobre Kant:

Hasta esta hora dichas preguntas han estado abiertas. Su cuestionabilidad es disimulada por los resultados y el progreso del trabajo científico. Una de estas candentes preguntas tiene que ver con la justificación y los límites del formalismo matemático, en contraste con la demanda por un retorno inmediato a la naturaleza dada intuitivamente.¹³

Lo que les ha sucedido a aquellos que, como Heidegger, han tratado de encontrar su camino en la inmediatez, en la intuición, en la naturaleza, sería demasiado triste volver a contarlo, y es bien conocido de todas formas. Lo que es cierto es que esas marcas por fuera del camino transitado no llevan a ningún lado. Y, sin embargo, Heidegger, cuando toma la jarra seriamente, ofrece un vocabulario potente para hablar también del objeto que tanto desprecia. ¿Qué pasaría, me pregunto, si tratáramos de hablar acerca del objeto de la ciencia y la tecnología, el *Gegenstand*, como si tuviera las cualidades ricas y complicadas de la celebrada *Thing*?

El problema con los filósofos es que debido a que sus trabajos son tan duros, beben mucho café y por eso utilizan en sus argumentos una exorbitante cantidad de potes, tazas y jarras -a las que, a veces, le agregan la piedra ocasional. Pero, como remarcó Ludwik Fleck tiempo atrás, sus objetos nunca son lo suficientemente complicados; más precisamente, nunca están *hechos* simultáneamente por una historia compleja y participantes nuevos, reales e *interesantes* en el universo¹⁴. La filosofía nunca trata con el tipo de seres con los que nosotros hemos tratado en los estudios de la ciencia. Y es por eso que los debates entre realismo y relativismo nunca llegan a ninguna parte. Como ha mostrado recientemente

Ian Hacking, el compromiso de una piedra en una conversación filosófica es totalmente diferente si se toma una piedra banal para mostrar tu punto (¡usualmente para lapidar a un relativista que pasa!) o si se toma, por ejemplo, dolomita, como él ha hecho tan hermosamente¹⁵. La primera puede ser convertida en una cuestión de hecho, pero la segunda no. La dolomita es tan hermosamente compleja y enredada que se resiste a ser tratada como una cuestión de hecho. También puede ser descrita como una reunión; también puede verse como un compromiso con la Cuaternidad. ¿Por qué no tratar de retratarla con el mismo entusiasmo, compromiso y complejidad que la jarra de Heidegger? El error de Heidegger no es haber tratado a la jarra demasiado bien, sino haber trazado una dicotomía entre *Gegenstand* y *Thing*, que no fue justificada más que por los prejuicios más burdos.

Hace varios años, otro filósofo, mucho más cercano a la historia de la ciencia, llamado Michel Serres, también francés, pero esta vez tan ajeno a la crítica como se puede conseguir, meditó sobre lo que significaría tomar los objetos de la ciencia de una manera ontológica y antropológica seria. Es interesante notar que cada vez que un filósofo se acerca a un objeto de la ciencia que es al mismo tiempo histórico e interesante, su filosofía cambia, y las especificaciones para una actitud realista se vuelven, inmediatamente, más estrictas y completamente diferentes de la denominada filosofía de la ciencia realista preocupada por objetos comunes o aburridos. Estaba leyendo su pasaje sobre el desastre del *Challenger* en su libro *Statues* cuando otro transbordador, el *Columbia*, me ofreció a principios del 2003 una ejemplificación trágica de otra metamorfosis de un objeto a una cosa¹⁶.

¿De qué otro modo llamarían a esta transformación repentina de un proyectil completamente controlado, entendido perfectamente, casi olvidado por los medios, dado por sentado, una cuestión de hecho, en una precipitada lluvia de restos cayendo sobre los Estados Unidos, que miles de personas trataron de rescatar en el barro y la lluvia, y de juntar en una gran sala para que sirvieran como pistas en una investigación científica judicial? Aquí, de repente, de golpe, un objeto se convirtió en una cosa, una cuestión de hecho fue considerada como una cuestión de gran interés. Si una cosa es una reunión, como dice Heidegger, qué llamativo ver cómo puede disolverse repentinamente. Si la "cosidad de la cosa" es una reunión que siempre conecta a los "Cuatro unidos -tierra y cielo, los divinos y los mortales- en la simplicidad de su Cuaternidad"¹⁷, ¿cómo podría haber un mejor ejemplo de este hacer y deshacer que esta catástrofe desdoblado sus miles de pliegues? ¿Cómo podríamos verlo como un accidente normal de la tecnología cuando, en su elogio para las infortunadas víctimas, su presidente dijo: "La tripulación del transbordador *Columbia* no regresó a salvo a la Tierra; aún podemos rezar porque todos ellos estén a salvo en casa"¹⁸. Como si ningún transbordador se moviera simplemente en el espacio, sino también siempre en el cielo.

Esto fue en C-Span 1, pero en C-Span 2, al mismo tiempo, a principios de febrero del 2003, otro evento extraordinario ocurría en paralelo. Esta vez, una Cosa [Thing] -con C mayúscula- estaba siendo ensamblada para fusionarse, para reunirse en una decisión, un objeto, una proyección de fuerza: un golpe militar contra Irak. Otra vez, era difícil distinguir si esta reunión era un tribunal, un parlamento, un cuarto de guerra de comando y control, un club de hombres ricos, un congreso científico, o un estudio de televisión. Pero ciertamente era una asamblea en la que las cuestiones de gran interés fueron debatidas y probadas -excepto que hubo mucha perplejidad acerca de qué tipo de pruebas deberían darse y cuán rigurosas eran. La diferencia entre C-Span 1 y C-Span 2, como los observé con desconcierto, fue que mientras que en el caso del *Columbia* teníamos un objeto perfectamente controlado que de repente fue transformado en una lluvia de restos en llamas que fue utilizada como evidencia en una investigación, allí, en las Naciones Unidas, tuvimos una investigación que trató de fusionar en un único objeto unificador, unánime, sólido, controlado, a masas de personas, opiniones y poderío. En un caso, el objeto fue metamorfoseado a una cosa; en el segundo caso, la cosa intentaba convertirse en un objeto. Pudimos presenciar, en un caso, la cabeza, en otro, la cola de la trayectoria a través de la cual las cuestiones de hecho emergen de las cuestiones de interés. En ambos casos se nos ofreció una única ventana para la cantidad de cosas que tienen que participar en la reunión de un *objeto*. Heidegger no era un muy buen antropólogo de la ciencia y la tecnología; él sólo tenía cuatro pliegues, mientras que el más pequeño transbordador, la guerra más corta, tienen millones. Cuántos dioses, pasiones, controles, instituciones, técnicas, diplomacias deben ser plegadas para conectar "cielo y tierra, divinidades y mortales" -oh sí, especialmente mortales. (Un presagio aterrador, lanzar una guerra tan complicada, justo cuando un objeto tan hermosamente controlado como el transbordador se desintegraba en miles de

pedazos que llovían desde el cielo -pero no se le prestó atención al presagio; los dioses sólo son invocados por conveniencia actualmente).

Mi punto es muy simple: las cosas se han vuelto Cosas [Things] de nuevo, los objetos han reingresado a la arena, la Cosa [Thing], en la que tienen que estar reunidos primero, para poder existir después como lo que se *distingue*. El paréntesis que podemos llamar el paréntesis moderno durante el cual tuvimos, por un lado, un mundo de objetos, *Gegenstand*, allí afuera, indiferente a cualquier tipo de parlamentos, foro, ágora, congreso, corte, y, por el otro, un conjunto de foros, lugares de reunión, ayuntamientos en los que la gente debatía, ha llegado a su fin. Lo que la etimología de la palabra *thing* -*chose*, *causa*, *res*, *aitia*- ha conservado para nosotros misteriosamente como un tipo de pasado mítico y fabuloso, se ha convertido ahora, para que todos lo podamos ver, en nuestro presente más ordinario. Las cosas se han reunido otra vez. ¿No fue extraordinariamente conmovedor ver, por ejemplo, el proyecto de reconstrucción del bajo Manhattan, las grandes multitudes, los mensajes de enojo, los emails apasionados, las ágoras enormes, las largas editoriales que conectaban a tanta gente a tantas variaciones del proyecto para reemplazar las Torres Gemelas? Como dijo el arquitecto Daniel Libeskind unos días antes de la decisión, construir nunca será lo mismo.

Podría abrir el periódico y desplegar el número de ex-objetos que se han convertido en cosas otra vez, desde el caso del calentamiento global que mencioné con anterioridad al tratamiento hormonal de la menopausia, al trabajo de Tim Lenoir, los estudios sobre primates de Linda Fedigan y Shirley Strum, o las hienas de mi amigo Steven Glickman¹⁹.

Estas reuniones tampoco se limitan a la época actual como si sólo recientemente los objetos recientemente se hubieran convertido en cosas de manera tan obvia. Todos los días los historiadores de la ciencia nos ayudan a darnos cuenta hasta qué punto nunca hemos sido modernos porque siguen revisando cada elemento de las cuestiones de hecho pasadas, desde el Galileo de Mario Biagioli, el Boyle de Steven Shapin y el Newton de Simon Schaffer, hasta los vínculos increíblemente intrincados entre Einstein y Poincaré que Peter Galison ha narrado en su última obra maestra²⁰. Por supuesto que muchos otros podrían ser citados, pero el punto crucial para mí ahora es que lo que permitió a los historiadores, filósofos, humanistas y críticos trazar la diferencia entre lo moderno y lo premoderno, a saber, la aparición repentina y de alguna manera milagrosa de las cuestiones de hecho, ahora está en duda con la fusión de las cuestiones de hecho con cuestiones de interés altamente complejas, situadas históricamente y profusamente diversas. Uno puede hacer un tipo de cosas con tazas, jarras, piedras, cisnes, gatos, alfombras, pero no con la coordinación eléctrica de relojes de la Oficina de Patentes de Einstein en Berna. Las cosas que se reúnen no pueden ser lanzadas como objetos.

Y sin embargo, sé muy bien que esto no es suficiente porque, sin importar lo que hacemos, cuando intentamos reconectar objetos científicos con su aura, su corona, su red de asociaciones, cuando los acompañamos hasta su reunión, siempre parece que los *debilitamos*, que no *fortalecemos* su demanda de realidad. Lo sé, lo sé, estamos actuando con las mejores intenciones del mundo, queremos *agregar* realidad a los objetos científicos, pero, inevitablemente, parece que siempre estamos restándoles un poco a través de un tipo de sesgo trágico. Como un mesero torpe poniendo platos en una mesa inclinada, todo buen plato se desliza y se estrella contra el suelo. ¿Por qué nunca podemos encontrar la misma tenacidad, el mismo realismo sólido haciendo notar las cualidades obvias de red, de cosa, de las cuestiones de interés? ¿Por qué nunca podemos contrarrestar la afirmación de los realistas de que sólo las cuestiones de hecho pueden satisfacer su apetito y que las cuestiones de interés son como la nouvelle cuisine -agradables de ver, pero inadecuadas para apetitos voraces?

Una razón es, por supuesto, la posición que se les ha dado a los objetos en la mayoría de las ciencias sociales, una posición que es tan ridículamente inútil que si es empleada, incluso en pequeña medida, para tratar con ciencia, tecnología, religión, derecho o literatura, hará totalmente imposible cualquier consideración seria de objetividad -me refiero a la "cosidad". ¿A qué se debe esto? Permítanme intentar representar el paisaje crítico en su estado ordinario y usual²¹.

Podemos resumir, estimo, el 90% de la escena crítica contemporánea con la siguiente serie de diagramas que fijan al objeto en sólo dos posiciones, las que he llamado posición de *realidad* y posición de *fantasía* -*realidad* y *fantasía* están etimológicamente relacionadas pero no desarrollaré este punto aquí. La posición de fantasía es muy conocida y es usada una y otra vez por muchos científicos sociales que asocian la crítica con el antifetichismo. Entonces el papel del crítico es mostrar que lo que los creyentes ingenuos están haciendo con los objetos es simplemente una proyección de sus deseos

en una entidad material que no hace nada por sí misma. Aquí se ha desviado para su uso mezquino a la fulminación profética contra los ídolos “tienen boca y no hablan, tienen oídos y no oyen”, pero utilizan esta profecía para denunciar a los mismos objetos de creencia -dioses, moda, poesía, deporte, deseo, lo que sea- a los que los creyentes ingenuos se aferran con mucha intensidad²². Entonces el valiente crítico que sólo permanece consciente y atento, que nunca duerme, convierte esos falsos objetos en fetiches que se supone que no son nada más que meras pantallas blancas y vacías en las que se proyecta el poder de la sociedad, la dominación, lo que sea. El creyente ingenuo ha recibido su primera salva (fig. 2).

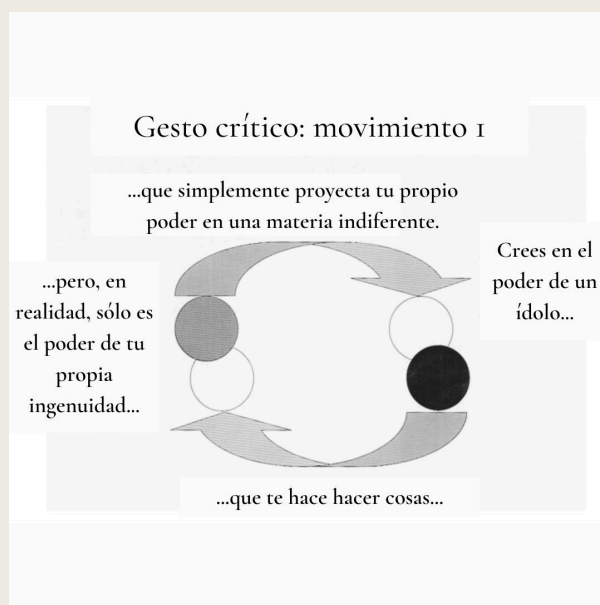


Figura 2

Pero esperen, una segunda salva está a la vista, y esta vez viene del polo de la realidad. Esta vez es el pobre tipo, otra vez sorprendido, cuyo comportamiento ahora se “explica” mediante efectos poderosos de las indisputables cuestiones de hecho: “Ustedes, fetichistas ordinario, creen ser libres, pero en realidad son accionados por fuerzas de las que no son conscientes. Míralas, mira, ciego idiota” (y aquí insertan cualquiera de los hechos favoritos con los que a los científicos sociales les gusta trabajar, tomándolos de la infraestructura económica, los campos del discurso, la dominación social, la raza, la clase, y el género, tal vez añadiendo algo de neurobiología, psicología evolutiva, lo que sea, siempre que funcionen como hechos indisputables cuyo origen, fabricación y modo de desarrollo se dejen sin examinar) (fig. 3).

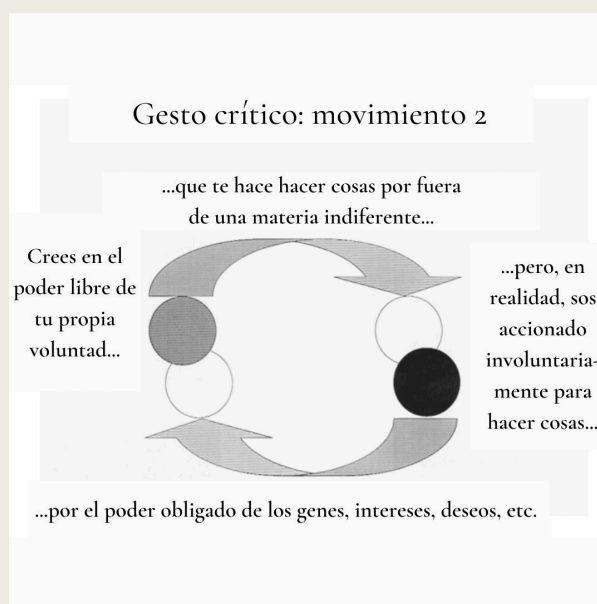


Figura 3

¿Ven ahora por qué se siente tan bien ser una mente crítica? ¿Por qué la crítica, este *pharmakon* tan ambiguo, se ha vuelto una droga eufórica tan potente? ¡Siempre tienen razón! Cuando los creyentes ingenuos están aferrándose enérgicamente a sus objetos, afirmando que están hechos para hacer cosas por sus dioses, su poesía, sus objetos preciados, ustedes pueden convertir todos esos compromisos unos cuantos fetichismos y humillar a todos los creyentes mostrándoles que no es nada más que su propia proyección, que ustedes, sí sólo ustedes, pueden ver. Pero tan pronto como los creyentes ingenuos son, por consiguiente, inflados por alguna creencia en su propia importancia, en su capacidad proyectiva, los golpean con un segundo gancho y los humillan nuevamente, esta vez mostrando que, piensen lo que piensen, su comportamiento está totalmente determinado por la acción de poderosas causalidades que vienen de la realidad objetiva que ellos no ven, pero que ustedes, sí sólo ustedes, los críticos que nunca duermen, pueden ver por sí mismos. ¿No es fabuloso? ¿No vale realmente la pena ir a la escuela de posgrado para estudiar crítica? “¡Entren aquí, pobre gente. Después de años arduos de leer prosa rimbombante, siempre estarán en lo correcto, ya no serán engañados; ya nadie, no importa cuán poderoso, podrá acusarlos de ingenuidad, ese pecado supremo! Mejor equipados que el propio Zeus reinarán solos, golpeando desde arriba con la salva del antifetichismo en una mano y la causalidad sólida de la objetividad en la otra”. El único perdedor es el creyente ingenuo, la gran plebe, siempre atrapado fuera de equilibrio (fig. 4).

¿Es tan sorprendente, después de todo, que con tales posiciones dadas al objeto, las humanidades hayan perdido los corazones de sus conciudadanos, que hayan tenido que retroceder año tras año, siempre atrincherándose más en las barracas estrechas que les dejan más y más decanos tacaños? El Zeus de la Crítica reina absolutamente, seguro, pero sobre un desierto.

Una cosa es clara, ninguno de nosotros, los lectores, quisiéramos ver a *nuestros* objetos más preciados tratados de esta manera. Retrocederíamos con horror ante la mera sugerencia de tenerlos explicados socialmente, ya sea que tratemos con poesía o robots, células madre, agujeros negros o impresionismo, ya sea que seamos patriotas, revolucionarios o abogados, ya sea que oremos a Dios o pongamos nuestra esperanza en la neurociencia. Es por esto que, en mi opinión, aquellos que tratamos de representar las ciencias como cuestiones de interés a menudo no logramos convencer; los lectores han confundido el tratamiento que le damos a las primeras cuestiones de hecho con el terrible destino de los objetos procesados por las manos de la sociología, los estudios culturales y demás. Y no puedo culpar a nuestros lectores. Lo que los científicos sociales le hacen a nuestros objetos favoritos es tan horrible que, definitivamente, no queremos que se acerquen. “Por favor” exclamamos, “¡no los toquen en absoluto! ¡No intenten explicarlos!”. O

podríamos sugerir más amablemente: “¿Por qué no van más adelante en el pasillo a este otro departamento? Ellos tienen hechos malos para explicar; ¿por qué no explican aquellos en vez de los nuestros?”. Y esta es la razón por la que, cuando queremos respeto, solidez, obstinación, robustez, todos preferimos apegarnos al lenguaje de las cuestiones de hecho sin importar sus defectos conocidos.

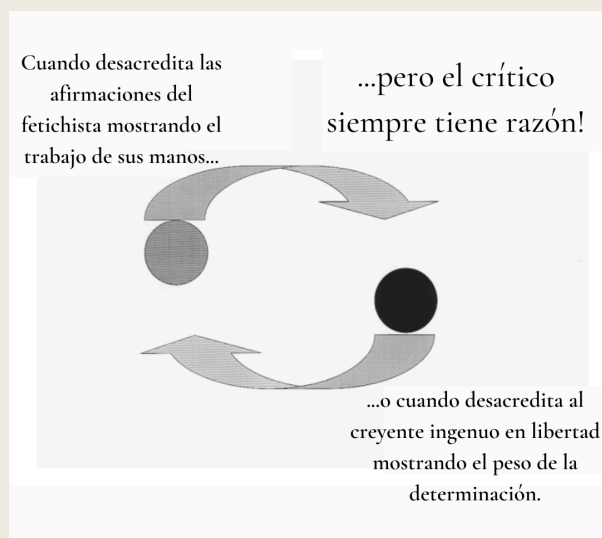


Figura 4

Y sin embargo, este no es el único camino porque el tratamiento cruel al que se someten los objetos en las manos de lo que me gustaría llamar *barbaridad crítica* es bastante fácil de deshacer. Si el bárbaro crítico parece tan poderoso es debido a que los dos mecanismos que he bosquejado nunca van juntos en un único diagrama (fig. 5). Los antifetichistas desacreditan objetos en los que no creen mostrando las fuerzas productivas y proyectivas de la gente; entonces, sin hacer nunca la conexión, utilizan los objetos en los que sí creen para recurrir a la explicación causalista o mecanicista y desacreditar las capacidades conscientes de la gente cuyo comportamiento no aprueban. Todo el truco bastante pobre que permite que la crítica continúe, aunque nunca limitaríamos nuestros propios valores a su sórdida casa de empeño, es que nunca hay ningún *cruce entre las dos listas de objetos* en la posición de realidad y en la de fantasía. Esta es la razón por la cual se puede ser al mismo tiempo y sin sentir ninguna contradicción (1) un antifetichista para todo en lo que no se cree -más que nada la religión, la cultura popular, el arte, la política, etcétera; 2) un positivista impenitente para todas las ciencias en las que se cree - sociología, economía, teoría de la conspiración, genética, psicología evolutiva, semiótica, sólo elijan su campo de estudio preferido; y 3) un realista robusto y perfectamente saludable para lo que realmente se valora - y por supuesto que puede ser la crítica en sí misma, pero también la pintura, avistaje de aves, Shakespeare, babuinos, proteínas y demás.

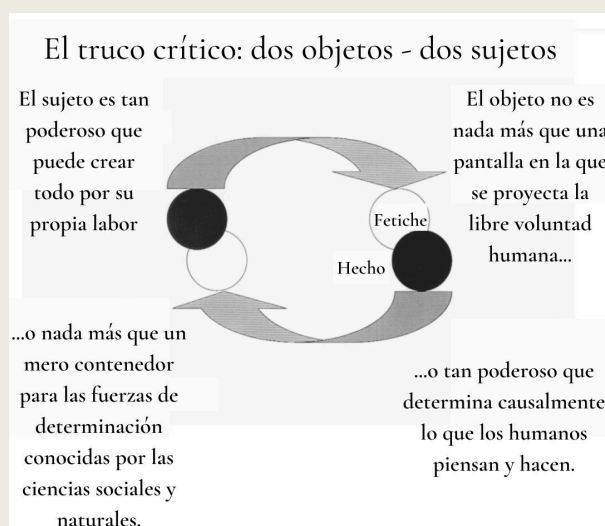


Figura 5

Si piensan que estoy exagerando en mi representación un tanto lúgubre del paisaje crítico, es porque hasta ahora casi no hemos tenido la ocasión para detectar el desajuste total de los tres repertorios contradictorios -antifetichismo, positivismo, realismo- ya que cuidadosamente logramos aplicarlos a *diferentes* tópicos. Explicamos los objetos que no aprobamos tratándolos de fetiches; explicamos comportamientos que no nos gustan con la disciplina cuya conformación no examinamos; y concentramos nuestro interés apasionado sólo en esas cosas que son para nosotros cuestiones de interés que valen la pena. Pero por supuesto que una actitud tan despreocupada con repertorios tan contradictorios no es posible para quienes, en los estudios de la ciencia, tenemos que tratar con estados de cosas [states of affairs] que no encajan en la lista de fetiches creíbles -ya que todos, incluso nosotros, creemos muy fuertemente en ellos- ni en la lista de hechos indiscutibles debido a que estamos presenciando su nacimiento, su lenta construcción, su surgimiento fascinante como cuestiones de interés. La metáfora de la revolución copernicana, tan atada al destino de la crítica, siempre ha sido para nosotros, estudiosos de la ciencia, simplemente irrelevante. Es por esto que, con más de una dosis de chauvinismo de campo, considero a este pequeño campo muy importante; es la pequeña piedra en el zapato que puede volver la patrulla de rutina de los bárbaros críticos más y más dolorosa.

El error sería creer que nosotros también hemos dado una explicación social de los hechos científicos. No, a pesar de que es verdad que lo intentamos al principio, como buenos críticos entrenados en buenas escuelas para usar los armamentos que nos han asados nuestros mejores y nuestros mayores para partir [crack open] - una de sus expresiones favoritas, que significa destruir- a la religión, el poder, el discurso, la hegemonía. Pero, afortunadamente (sí, ¡afortunadamente!) uno tras otro, hemos atestiguado que las cajas negras de la ciencia permanecieron cerradas y que eran más bien las herramientas que yacían en el polvo de nuestro taller, desarticuladas y averiadas. Dicho de manera sencilla, la crítica era inútil contra los objetos con cierta solidez. Pueden intentar el juego proyectivo en ovnis o en divinidades exóticas, pero no lo intenten en neurotransmisores, en la gravitación o en los cálculos de Monte Carlo. Pero la crítica también es inútil cuando comienza a utilizar los resultados de una ciencia acríticamente, ya sea la sociología misma, o la economía, o el postimperialismo, para explicar el comportamiento de la gente. Pueden tratar de jugar este juego miserable de explicar la agresión invocando la composición genética de la gente violenta, pero intente hacerlo arrastrando, al mismo tiempo, las innumerables controversias en genética, incluyendo las teorías evolutivas en las que los genetistas se encuentran tan enredados²³.

En ambas explicaciones, las cuestiones de interés jamás ocupan las dos posiciones que les deja la barbarie crítica. Los objetos son demasiado fuertes para ser tratados como fetiches y demasiado débiles para ser tratados como explicaciones causales indiscutibles de una acción inconsciente. Y esto no es cierto solamente para los estados de cosas [states of affairs] científicos; este es nuestro gran descubrimiento, lo que hace que los estudios de la ciencia cometan un error tan

oportuno, tal *falta feliz* [*felix culpa*]. Una vez que se dan cuenta que los objetos científicos no pueden ser explicados socialmente, luego también se percatan con los supuestos objetos débiles, aquellos que parecen ser candidatos para la acusación del antifetichismo, tampoco fueron jamás meras proyecciones sobre una pantalla vacía²⁴. Ellos también actúan, también hacen cosas, también *les hacen hacer* cosas. No son sólo los objetos de la ciencia que resisten, sino todo los demás también, aquellos que se suponía que habían sido reducidos a polvo por los dientes poderosos de los deconstructores automatizados de las acciones reflejas. Acusar a algo de ser un fetiche es el mayor gesto bárbaro, gratuito, irrespetuoso e insano²⁵.

¿No es hora de progresar? A la posición de realidad, a la posición de fantasía, ¿por qué no añadirle una tercera posición, una posición de *justicia*? ¿Realmente es mucho pedir a nuestra vida intelectual colectiva concebir, al menos una vez al siglo, algunas herramientas críticas *nuevas*? ¿No deberíamos estar completamente humillados al ver que el personal militar está más alerta, más atento, es más innovador que nosotros, el orgullo de la academia, la *crème de la crème*, que continúa transformando a todos el resto del mundo en creyentes ingenuos, en fetichistas, en víctimas desafortunadas de la dominación, mientras que al mismo tiempo los transforman en meras consecuencias superficiales de las poderosas causalidades ocultas que vienen de las infraestructuras cuya composición nunca es interrogada? Todo ello siendo íntimamente cierto que las cosas realmente cercanas a nuestros corazones no encajarían de ninguna manera en ninguno de estos roles. ¿No están todos cansados de esas “explicaciones”? Yo lo estoy, siempre lo he estado, cuando sé que, por ejemplo, el Dios al que le rezo, las obras de arte que valoro, el cáncer de colon contra el que he estado luchando, la ley que he estado estudiando, el deseo que siento, de hecho, el mismo libro que estoy escribiendo, no podrían de ninguna manera ser explicados como fetiches o hechos, ni por ninguna combinación de esas dos posiciones absurdas.

Para recuperar una actitud realista, no es suficiente dismantelar las armas críticas construidas tan acríticamente por nuestros predecesores como lo haríamos con silos atómicos obsoletos pero aún peligrosos. Si sólo tuviéramos que dismantelar la teoría social, sería un asunto bastante simple; como el imperio soviético, esas grandes totalidades tienen pies de barro. Pero la dificultad yace en el hecho de que son construidas sobre una filosofía mucho más antigua, de manera que cuando intentamos reemplazar las cuestiones de hecho por las cuestiones de interés, parece que perdemos algo en el camino. Es como intentar llenar el mítico barril de las Danaides -sin importar lo que pongamos en él, el nivel de realismo nunca aumenta. Mientras no hayamos sellado las fugas, la actitud realista siempre estará dividida; las cuestiones de hecho se llevan la mejor parte, y las cuestiones de interés son limitadas a una *historia* rica pero esencialmente vacía e irrelevante. Más siempre parecerá menos. Aunque quiero que este artículo sea corto, necesito tomar algunas páginas más para tratar las maneras de superar esta bifurcación.

Alfred North Whitehead dijo, como todos saben, “[r]ecurrir a la física es parecido a arrojar un fósforo en un almacén de pólvora. Hace explotar todo el recinto”²⁶. No puedo evitar entrar en esto porque he hablado demasiado sobre sistemas de armas, explosiones, iconoclastismo y arenas. De todos los filósofos modernos que intentaron superar las cuestiones de hecho, Whitehead es el único que, en vez de tomar el camino de la crítica y dirigir su atención *fuera* de los hechos a lo que los hace posibles como hizo Kant; o añadir algo a sus fundamentos como lo hizo Husserl; o evitar el destino de su dominación, su *Gestell*, tanto como sea posible como lo hizo Heidegger; trató de *acercarse* a ellos o, más exactamente, de ver a través de ellos la realidad que solicitaba una nueva actitud realista respetuosa. Nadie es menos crítico que Whitehead, en todos los sentidos de la palabra, y es gracioso notar que la única pica [pique] que alguna vez dirigió contra alguien fue contra el otro W., considerado, equivocadamente en mi opinión, como el filósofo más grande del siglo XX; no W. como en Bush, sino W. como en Wittgenstein.

Lo que diferencia completamente a Whitehead y lo pone en nuestro camino es que consideraba que las cuestiones de hecho eran representaciones muy pobres de lo que es dado en la experiencia y algo que confunde completamente la pregunta “¿Qué hay ahí?” con la pregunta “¿Cómo lo conocemos?”, como ha demostrado Isabelle Stengers recientemente en un gran libro sobre la filosofía de Whitehead²⁷. Aquellos que ahora ridiculizan su filosofía no entienden que se han resignado a lo que él llama la “bifurcación de la naturaleza”. Han olvidado completamente lo que requeriría que nos tomáramos esta increíble oración en serio: “Para la filosofía natural, todo lo que se percibe se halla en la naturaleza. No podemos seleccionar. Para nosotros, el rojo vivo de la puesta del sol ha de ser parte de la naturaleza en la

misma medida en que lo son las moléculas y las ondas eléctricas con las que explicarían el fenómeno los hombres de ciencia” (CN, pp. 28-29).

Todas las filosofías posteriores han hecho exactamente lo opuesto: han escogido y elegido, y peor aún, han permanecido contentos con esa elección limitada. La solución a esta bifurcación no es, como pretenderían los fenomenólogos, añadir a las aburridas ondas eléctricas el rico mundo vivo del sol radiante. Esto simplemente haría más grande la bifurcación. La solución o, más bien, la aventura, según Whitehead, es cavar mucho más profundo en la actitud realista y percatarse de que las cuestiones de hecho son definiciones totalmente inverosímiles, poco realistas, injustificadas, de lo que es tratar con cosas:

De este modo, la materia representa la negativa a considerar ausentes las características espaciales y temporales y a llegar al concepto desnudo de una entidad individual. Es la negativa que ha causado el embrollo de introducir el mero procedimiento del pensamiento en el hecho de la naturaleza. La entidad desnuda de todas las características, excepto la del espacio y del tiempo, ha adquirido un status físico como la última textura de la naturaleza, de suerte que el curso de la naturaleza se concibe meramente como la suerte de la materia en su aventura a través del espacio [CN, p. 20].

No se trata de que existan cuestiones de hecho sólidas y que el paso siguiente sea decidir si utilizarán para explicar algo. Tampoco se trata de que la otra solución sea atacar, criticar, exponer, historizar esas cuestiones de hecho, para mostrar que son inventadas, interpretadas, flexibles. No se trata de que, más bien, deberíamos huir de ellas hacia la mente y añadirles dimensiones simbólicas o culturales; el asunto es que las cuestiones de hecho son un pobre representante [*proxy*] de la experiencia y de la experimentación, y agregaría, un manojo confuso de polémicas, epistemología, política moderna, que no puede atribuirse de ninguna manera la representación de lo que se requiere por parte de una actitud realista²⁸.

Whitehead no es un autor conocido por mantener al lector bien despierto, pero quiero al menos indicar la *dirección* de la nueva actitud crítica con la que deseo reemplazar las rutinas gastadas de la mayoría de las teorías sociales.

La solución yace, me parece, en esta palabra prometedora *reunión* que Heidegger había introducido para explicar la “cosidad de la cosa”. Ahora, sé muy bien que Heidegger y Whitehead no tendrían nada que decirse el uno al otro, y sin embargo, la palabra que el último usó en *Proceso y realidad* para describir “entidades actuales” [actual occasions], su palabra para mis cuestiones de interés, es la palabra *sociedades*. Por cierto, también es la palabra utilizada por Gabriel Tarde, el verdadero fundador de la sociología francesa, para describir todo tipo de entidades. Está suficientemente cerca de la palabra *asociación* que he utilizado en todo momento para describir los objetos de ciencia y tecnología. Andrew Pickering utilizaría las palabras “constreñimiento de la ciencia” [mangle of practice]²⁹. Cualesquiera que sean las palabras, lo que presenta aquí es una actitud completamente diferente a la crítica, no una huida hacia las condiciones de posibilidad de una cuestión de hecho determinada, no la incorporación de algo más humano que las inhumanas cuestiones de hecho habrían perdido, sino, en cambio, una indagación múltiple introducida con las herramientas de la antropología, la filosofía, la metafísica, la historia, la sociología, para detectar *cuántos participantes* están reunidos en una cosa para hacer que exista y para mantener su existencia. Los objetos son sencillamente una reunión que ha fallado - un hecho que no ha sido ensamblado acorde al debido proceso³⁰. La necesidad que las cuestiones de hecho en la escenografía usual del objetor que patea piedras - “está allí les guste o no”- es como la necesidad de los manifestantes políticos: “los Estados Unidos, ámalo o déjalo”, es decir, un sustituto muy pobre para cualquier tipo de existencia a largo plazo, vibrante, articulada, robusta, decente³¹. Una reunión, es decir, una cosa, un asunto, dentro de una Cosa [Thing], una arena, puede ser muy robusta, también, sobre la condición de que el número de sus participantes, sus ingredientes, no humanos como así también humanos, no estén limitados con antelación³². Es completamente erróneo dividir el colectivo, como yo lo llamo, en cuestiones de hecho robustas, por un lado, y las multitudes prescindibles, por el otro. Arquímedes habló por una tradición entera cuando exclamó: “Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo” [traducción generalizada], pero ¿no estoy hablando por otra tradición, mucho menos prestigiosa pero igual de respetable, si en cambio exclamo “Dadme una cuestión de interés y les mostraré toda la tierra y los cielos que deben reunirse para

mantenerla firmemente en su lugar”? Para mí no tiene sentido reservar el vocabulario realista sólo para la primera. La crítica no es la que desacredita, sino la que ensambla. La crítica no es la que levanta las alfombras debajo de los pies de los creyentes ingenuos, sino la que ofrece a los participantes arenas en las cuales reunirse. La crítica no es la que alterna caprichosamente entre antifetichismo y positivismo como el iconoclasta ebrio dibujado por Goya, sino aquella para la cual, si algo es construido, entonces significa que es frágil y, por consiguiente, necesita mucho cuidado y precaución. Soy consciente de que para llegar al corazón de este argumento uno también tendría que renovar lo que significa ser un constructivista, pero he dicho suficiente para indicar la dirección de la crítica, no *fuera* sino *hacia* la reunión, la Cosa [Thing]³³. No hacia el oeste, sino, por así decirlo, hacia el este³⁴.

El problema práctico que enfrentamos, si tratamos de ir por esa ruta nueva, es asociar la palabra *crítica* con todo un conjunto de nuevos gestos, metáforas, actitudes, reflejos, hábitos de pensamientos positivos. Para comenzar con este nuevo hábito en formación, me gustaría extraer otra definición de crítica de la fuente menos probable, concretamente, el artículo de Alan Turing sobre las máquinas pensantes³⁵. Tengo una buena razón para eso: aquí está el típico artículo sobre formalismo, aquí está el origen de uno de los íconos -para usar un cliché del antifetichismo- de la época contemporánea, más específicamente, la computadora, y sin embargo, si leen este artículo, es tan barroco, tan cursi, reúne un número tan asombroso de metáforas, seres, hipótesis, alusiones, que no hay chance de que fuera aceptado actualmente por ninguna revista. Incluso *Social Text* lo rechazaría sin pensarlo como otro engaño. “No de nuevo”, dirían definitivamente, “no caeremos dos veces” [once bitten, twice shy]. Quién tomaría seriamente un artículo que afirma en algún lugar, después de haber hablado de las mujeres musulmanas, el castigo a los niños, la percepción extrasensorial: “En el intento de construir estas máquinas, no deberíamos estar usurpando irreverentemente su poder para crear almas, en mayor medida que cuando procreamos niños: más bien, en cada caso somos instrumentos de su voluntad al proveer mansiones para las almas que Él crea” (CM, p. 443).

Muchos dioses, siempre en máquinas. ¿Recuerdan cómo Bush elogió a la tripulación del *Columbia* por llegar a casa en el cielo, si no a casa en la tierra? Aquí Turing tampoco puede evitar mencionar el poder creativo de Dios al hablar de esta máquina tan controlada, la computadora que ha inventado. Ese es precisamente su punto. La computadora está aquí para darnos muchas sorpresas; se obtiene mucho más de lo que se pone en ella. De la manera más dramática, el artículo de Turing demuestra, una vez más, que todos los objetos nacen como cosas, todas las cuestiones de hecho necesitan, para existir, una variedad desconcertante de cuestiones de interés³⁶. El resultado sorprendente es que no controlamos lo que nosotros mismos hemos fabricado, el objeto de esta definición de la crítica³⁷:

Volvamos por un momento a la objeción de Lady Lovelace, la cual afirma que la máquina sólo puede hacer lo que le digamos que haga. Uno podría decir que un hombre puede “inyectar” una idea en la máquina, y que esta responderá hasta cierto punto y luego caerá en un estado de quietud, tal como la cuerda de un piano cuando la golpea el martillo. Otra comparación sería una carga atómica cuyo tamaño es menor al tamaño crítico: una idea inyectada correspondería al neutrón que entra desde fuera. Tal neutrón causará cierta alteración que eventualmente se acabará. Sin embargo, si el tamaño de la carga atómica es lo suficientemente incrementada, la alteración causada por la entrada de ese neutrón muy probablemente continuará sucesivamente, aumentando hasta que la carga se destruya. ¿Existe algún fenómeno análogo para las mentes y existe uno análogo para las máquinas? Al parecer sí hay uno para la mente humana. La mayoría de ellas parecen ser “subcríticas”, es decir, en la analogía corresponderían a cargas de tamaño subcrítico. La idea que se le presenta a una mente así generará en promedio menos que una idea en respuesta. Una pequeña proporción de ellas son supercríticas. Una idea presentada a una de tales mentes podría generar toda una nueva “teoría” que contenga ideas secundarias, terciarias, y otras más remotas. Las mentes de los animales parecieran ser absolutamente subcríticas. En relación a esta analogía se puede preguntar, “¿se puede hacer una máquina para que sea supercrítica?” [CM, p. 454].

Todos conocemos mentes subcríticas, ¡eso es seguro! ¿Qué haría la crítica si pudiera ser asociada con *más*, no con *menos*, con *multiplicación*, no con *sustracción*. La teoría crítica murió hace mucho tiempo; ¿podemos volvernos críticos

otra vez, en el sentido aquí ofrecido por Turing? Es decir, generando más ideas de las que hemos recibido, heredando de una tradición crítica prestigiosa pero sin dejarla morir o “caer en la quiescencia” como un piano que ya no toca. Esto requeriría que todas las entidades, incluyendo los computadores, dejaran de ser objetos definidos sólo por sus entradas [inputs] y salidas [outputs], y volvieran a ser cosas, mediando, ensamblando, reuniendo muchos más pliegues que los “Cuatro”. Si esto fuera posible, entonces podríamos dejar que los críticos se acerquen cada vez más a las cuestiones de interés que valoramos, y entonces por fin podríamos decirles: “Sí, por favor, tóquenlas, explíquenlas, utilícenlas”. Entonces habremos ido más allá de la iconoclastia, definitivamente.

NOTAS

1. Sobre lo que le pasó a la vanguardia y a la crítica en general, ver *Iconoclash: Beyond the Image Wars in Science, Religion, and Art*, ed. Bruno Latour y Peter Weibel (Cambridge, Mass., 2002). Este artículo es en gran medida una exploración de lo que podría suceder más allá de las guerras de imágenes.
2. “Environmental Word Games,” *New York Times*, 15 Mar. 2003, p. A16. Luntz parece haber sido muy exitoso; leí más tarde en un editorial en el *Wall Street Journal*:

Hay una mejor manera [que pasar una ley que restrinja los negocios], que es seguir peleando por los méritos. No hay consenso científico de que los gases de efecto invernadero causan la modesta tendencia al calentamiento global del mundo, mucho menos de si el calentamiento hará más daño que bien, o de si podemos siquiera hacer algo al respecto. Una vez que los republicanos concedan que los gases de efecto invernadero deben ser controlados, será sólo una cuestión de tiempo antes de que terminen respaldando una regulación económicamente dañina. Podrían mantener siempre sus principios e intentar educar al público, en cambio. [“A Republican Kyoto,” *Wall Street Journal*, 8 Apr. 2003, p. A14].

¡Y la misma publicación se queja de la “relación patológica” de la “calle árabe” con la verdad!
3. Paul R. and Anne H. Ehrlich, *Betrayal of Science and Reason: How Anti-Environmental Rhetoric Threatens Our Future* (Washington, D.C., 1997), p. 1.
4. La metáfora de la arena movediza fue utilizada por los neomodernistas en su crítica a los estudios de la ciencia; ver *A House Built on Sand: Exposing Postmodernist Myths about Science*, ed. Noretta Koertge (Oxford, 1998). El problema es que los autores de este libro miran hacia atrás, intentando volver a entrar en el sólido castillo de piedra del modernismo, y no hacia adelante, a lo que llamo, por falta de un término mejor, no-modernismo.
5. Ver Jean Baudrillard, “The Spirit of Terrorism” y “Requiem for the Twin Towers” (New York, 2002).
6. Ver Thierry Meyssan, *911: The Big Lie* (London, 2002). Las teorías conspirativas siempre han existido; lo que es nuevo en el revisionismo inmediato es cuántas pruebas científicas pretenden imitar.
7. Ver Lindsay Waters, *Enemy of Promises* (forthcoming); ver también Nick Paumgarten, “Dept. of Super Slo-Mo: No Flag on the Play,” *The New Yorker*, 20 Jan. 2003, p. 32.
8. Sus versiones serias como así también las popularizadas tienen el defecto de utilizar la sociedad como una causa ya existente en vez de como una consecuencia posible. Esta fue la crítica que Gabriel Tarde siempre hizo contra Durkheim. Probablemente toda la noción de lo *social* y la *sociedad* es responsable de este debilitamiento de la crítica. He intentado mostrar eso en Latour, “Gabriel Tarde and the End of the Social,” in *The Social in Question: New Bearings in History and the Social Sciences*, ed. Patrick Joyce (London, 2002), pp. 117–32.
9. Ver Luc Boltanski & Eve Chiapello, *Le Nouvel Esprit du capitalisme* (Paris, 1999).
10. Este es el logro del gran novelista Richard Powers, cuyas historias son una indagación cuidadosa y, en mi opinión, experta en este nuevo “realismo”. Es especialmente relevante para este artículo Richard Powers, *Plowing the Dark* (New York, 2000).
11. Ver el estudio erudito del excepcional académico francés Roman law, Yan Thomas, “Res, chose et patrimoine (note sur le rapport sujet-objet en droit romain),” *Archives de philosophie du droit* 25 (1980): 413–26.
12. Ver Graham Harman, *Tool-Being: Heidegger and the Metaphysics of Objects* (Chicago, 2002).
13. Martin Heidegger, *What Is a Thing?* trans. W. B. Barton, Jr., and Vera Deutsch (Chicago, 1967), p. 95.
14. Aunque Fleck es el fundador de los estudios de la ciencia, el impacto de su trabajo todavía está, en gran medida, en el futuro debido a que ha sido profundamente malinterpretado por Thomas Kuhn; ver Thomas Kuhn, prefacio a Ludwik Fleck, *Genesis and Development of a Scientific Fact* (1935; Chicago, 1979), pp. vii–xi.

15. Ver Ian Hacking, *The Social Construction of What?* (Cambridge, Mass., 1999), en particular el último capítulo.
16. Ver Michel Serres, *Statues: Le Second Livre des fondations* (Paris, 1987). Sobre la razón por la que Serres nunca fue crítico, ver Serres con Latour, *Conversations on Science, Culture, and Time*, trans. Roxanne Lapidus (Ann Arbor, Mich., 1995).
17. Heidegger, "The Thing," *Poetry, Language, Thought*, trans. Albert Hofstadter (New York, 1971), p. 178. [Traducción al castellano de Eustaquio Barjau en *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994].
18. "Bush Talking More about Religion: Faith to Solve the Nation's Problems" CNN website, 18 Feb. 2003, www.cnn.com/2003/ALLPOLITICS/02/18/bush.faiith/
19. Serres propuso la palabra *cuasi-objeto* para cubrir esta fase intermedia entre cosas y objetos -una pregunta filosófica mucho más interesante que la vieja gastada sobre la relación entre *palabras* y *mundos*. Sobre el nuevo modo en que los animales se les aparecen a los científicos y el debate que suscita, ver *Primate Encounters: Models of Science, Gender, and Society*, ed. Shirley Strum and Linda Fedigan (Chicago, 2000); Vinciane Despret, *Quand le loup habitera avec l'agneau* (Paris, 2002).
20. Ver Peter Galison, *Einstein's Clocks, Poincaré's Maps: Empires of Time* (New York, 2003).
21. Aquí resumo algunos de los resultados de mi ya larga indagación antropológica en el gesto iconoclasta, desde Latour, *We Have Never Been Modern*, trans. Catherine Porter (Cambridge, Mass., 1993) hasta *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies* (Cambridge, Mass., 1999), por supuesto *Iconoclash*.
22. Ver William Pietz, "The Problem of the Fetish, I," *Res* 9 (Spring 1985): 5-17, "The Problem of the Fetish, II: The Origin of the Fetish" *Res* 13 (Spring 1987): 23-45, y "The Problem of the Fetish, IIIa: Bosman's Guinea and the Enlightenment Theory of Fetishism," *Res* 16 (Autumn 1988): 105-23.
23. Para un ejemplo notable, ver Jean-Jacques Kupiec and Pierre Sonigo, *Ni Dieu ni gène: Pour une autre théorie de l'hérédité* (Paris, 2000); see also Evelyn Fox-Keller, *The Century of the Gene* (Cambridge, Mass., 2000).
24. He intentado utilizar este argumento recientemente en dos de los más difíciles tipos de entidades, divinidades cristianas (Latour, *Jubiler ou les tourments de la parole religieuse* [Paris, 2002]) y derecho (Latour, *La Fabrique du droit: Une Ethnographie du Conseil d'E'tat* [Paris, 2002]).
25. La exhibición en Karlsruhe, Alemania, *Iconoclash*, fue una especie de ritual tardío para expiar tanta destrucción sin sentido.
26. Alfred North Whitehead, *The Concept of Nature* (Cambridge, 1920), p. 29; de aquí en adelante abreviado como CN. [La traducción al castellano utilizada en las citas es la de Jesús Díaz en Editorial Gredos].
27. Ver Isabelle Stengers, *Penser avec Whitehead: Une Libre et sauvage création de concepts* (Paris, 2002), un libro que tiene la gran ventaja de tomar en serio la ciencia de Whitehead como así también su teoría de Dios.
28. Que las cuestiones de hecho ahora simbolizan una representación histórica de la experiencia más bien rara y complicada, ha sido poderosamente aclarado por muchos escritores: ver, para distinguir segmentos de esta historia, Christian Licoppe, *La Formation de la pratique scientifique: Le Discours de l'expérience en France et en Angleterre (1630-1820)* (Paris, 1996); Mary Poovey, *A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society* (Chicago, 1999); Lorraine Daston and Katherine Park, *Wonders and the Order of Nature, 1150-1750* (New York, 1998); y *Picturing Science, Producing Art*, ed. Caroline A. Jones, Galison, and Amy Slaton (New York, 1998).
29. Ver Andrew Pickering, *The Mangle of Practice: Time, Agency, and Science* (Chicago, 1995). [Traducción al castellano de la expresión "mangle of practice" por Mirolí, Alejandro en "La Tesis del Constreñimiento (Mangle) de la Práctica ¿novedad o ilusión?". *Manuscrito: revista internacional de filosofía* 27.2 (2004): 283-319].
30. Ver Latour, *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*, trans. Porter (Cambridge, Mass., 2004).
31. Ver la representación maravillosamente divertida del gesto realista en Malcolm Ashmore, Derek Edwards, and Jonathan Potter, "The Bottom Line: The Rhetoric of Reality Demonstrations," *Configurations* 2 (Winter 1994): 1-14.
32. Este es el desafío de una exhibición nueva que estoy curando con Peter Weibel en Karlsruhe y que se supone que tendrá lugar en 2004 bajo el título provisorio "Making Things Public". Esta exhibición explorará lo que *Iconoclash* sencillamente ha señalado, concretamente, más allá de las guerras de imágenes.
33. Este artículo es complementario de otro: Latour, "The Promises of Constructivism," in *Chasing Technoscience: Matrix for Materiality*, ed. Don Ihde and Evan Selinger (Bloomington, Ind., 2003), pp. 27-46.
34. Es por esto que, aunque comparto todas las preocupaciones de Thomas de Zengotita, "Common Ground: Finding Our Way Back to the Enlightenment," *Harper's* 306 (Jan. 2003): 35-45, creo que está completamente equivocado en la *dirección* del movimiento que propone hacia el futuro; volver a la actitud "natural" es un signo de nostalgia.
35. Ver A.M. Turing, "Computing Machinery and Intelligence," *Mind* 59 (Oct. 1950): 433-60; a partir de aquí abreviado como "CM". [La traducción al castellano utilizada para las citas es de Cristóbal Fuentes Barassi, 2010, Universidad de Chile]. Ver también lo que Powers in *Galatea 2.2* (New York,

1995) hizo con este artículo; esto es crítica en el sentido más generoso de la palabra. Para el contexto de este artículo, ver Andrew Hodges, *Alan Turing: The Enigma* (New York, 1983).

36. Una definición no-formalista del formalismo ha sido propuesta por Brian Rotman, *Ad Infinitum: The Ghost in Turing's Machine: Taking God out of Mathematics and Putting the Body Back In* (Stanford, Calif., 1993).
37. Dado que Turing puede ser tomado como el primer y mejor programador; aquellos que creen en definir a las máquinas por entradas [inputs] y salidas [outputs] deberían meditar su confesión:

Las máquinas me sorprenden con gran frecuencia. Esto se debe en gran medida a que no hago el cálculo suficiente para decidir qué puedo esperar de ellas, o más bien porque, aunque hago una estimación, lo hago apurado, con descuido, tomando riesgos. Quizás me digo a mi mismo, "Y creería que el voltaje acá debiera ser el mismo que allá: bueno, supongamos que así es". Naturalmente, con frecuencia me equivoco, y el resultado es una sorpresa, pues para cuando el experimento se lleva a cabo, estos supuestos ya se han olvidado. Reconocer lo anterior me deja expuesto a críticas sobre mis modos descuidados de proceder, pero no arrojan ninguna duda sobre mi credibilidad cuando testifico las sorpresas que experimento [CM, pp. 450-51].

Sobre esta definición no-formalista de las computadoras, ver Brian Cantwell Smith, *On the Origin of Objects* (Cambridge, Mass., 1997).